



José Martí "a paso de ansia"



Me cupo la suerte de recibir de regalo, en el comienzo del tercer milenio, un soberbio volumen titulado *Diarios de José Martí*¹, en el marco del programa *Guillermo Cabrera Infante*, "la obra muestra absoluta". No más leerlos y descubrir que son los diarios escritos entre el 14 de febrero y el 17 de mayo de 1895. O sea, en esos días del exilio ya recorriendo a su tierra y mientras escribe su diario de moerte «lo ignora», va dejando constancia de una poderosa afirmación de vida.

En enero de 1895, en Nueva York, cuando iba a cumplir cuarenta y dos años de edad, José Martí se aglutina en los últimos preparativos para el alzamiento de las fuerzas revolucionarias en Cuba para lograr la independencia y dejar de ser colonia de España. De ahí partió en barco a Montecristi, donde lo recibió Máximo Gómez, general en jefe del Ejército Libertador.

Día tras día, con lenguaje preciso y de singular belleza, dejó constancia de la campaña, pero ignora que por sobre todo deja constancia de su hombre de bien, de su patriotismo ejemplar y de la alta cumbre de su escritura.

Resulta muy decidida su dedicación a Carmen y María Manilla, por cuanto Martí, paralelamente a la escritura de los Diarios, escribía las más conmovedoras cartas a María Manilla, hija de Carmen Mijanguez, nacida el 28 de noviembre de 1890, poco antes de que muriera Miguel Manilla, esposo de Carmen. Este matrimonio era dueño de la pensión, donde vivía José Martí en Nueva York, desde donde salió para emprender su viaje patriótico.

Martí en su travesía, así como saborea el café con miel, condimentado con azúcar o nuez moscada o los rústicos manjares que su pueblo le brinda en cada "almuerzo cariñoso", disfruta la revolución del idioma y va recogiendo frases y apuntes: la queja:

"Por qué si mi mujer tiene un machacho dicen que mi mujer murió y si la mujer de Jiménez tiene el rayo dicen que ha dado a luz?", según pregunta un campesino. O biza pinta con ojo escuro y capta con oído atento el pipío solado: "A la moza que pasa, desgranada la cintura, poco al seno el talle, arado en rudo flojo el pecho negro; y con la flor de campo al pelo negro; ¿Qué buena está esa pailla de freír pan mis chicharrones!".

Martí tiene oído fino y nada se diga de la vista: "Oigo un ruido, en la calle llena de sol del domingo, un ruido de cla, y me parece saber lo que es. ¡Es! Es el finfón al midonado de una negra que pasa tirafuente, quemando con los ojos, con su zeta limpia de calicó mojado oscuro, y la mano

por los hombros. La italiana tiene piernas de cervo, tal talle natural y flexible de la dominicana da ritmo y poder a la fealdad más infeliz. La forma de la mujer es conyugal y calenciosa".

Sabe apreciar la música del mar, del viento, de la selva en plena campaña, luego de abrir claro a machete y tender las hamacas de bronco a machete: "Silba el grillo, el lagartijo quiquiqués y su coro le responde (...) oigo la música de la selva compuesta y suave como de flautines violines; la música humana, se ensaña y desata, abre el cla y se posa, titila y se eleva, silbetea sutil y mínima (...) ¿Qué danzas de almas de hojas? Se nos elevó la conciencia; comimos salchichón y chucula y una langa de chuquico asado. La lengua se sacó a la lengua".

No complazco en mi conciencia pluma, cada árbol con sus propiiedades. Dejo constancia de los alimentos, y de los remedios naturales aceptados por la sabiduría campesina, indispensables para curar a los heridos combatientes.

El 9 de abril, Martí sólo escribe una línea que plantea una interrogante imposible de resolver y se queda en dulce secreto:

"Lola, Jolongo, llorando en el balcón. Nos emburucamos".

Jolongo: ¿Pagueño? ¿Londino? ¿Pesó? ¿Pesar? ¿Desconocido? ¿De ella? ¿De ambos? ¿Cubano no registrado por los diccionarios de la lengua y que depende de la oración, del modo y la manera, según me explica una funcionaria de la embajada de Cuba.

En esa travesía, Martí se topa con multitud respetable como ese "Nené con veinte hijos o la madona Mercedes, "de vejez limpia". Todos ellos lo hospedan, lo alimentan a él y a los patriotas, recién pilado y colado el café, granado el arroz blanco con su acompañamiento de huevos fritos o pollo y viandas. Todos, hombres y mujeres de trabajo, se aprontan para la guerra y preparan sus armas y Martí va descubriendo su América y saboreando sus frutos.

Se deleita con el decir de los paisanos: "La frase aquí es afieja, pincerosa, concisa, sentenciosa; y como filosofía natural".

Va describiendo caracteres, ambientes, paisajes, costumbres, las pocas líneas retorta a un varón:

"Fue hombre y general de fuego: dejó en una batalla conculca a un compadre la mujer, y la mujer se dio al compadre: volvió él, supo, y ce un tiro de carabina, a la poeta

de la propia casa, le cerró los ojos al amigo infiel" y a ti no te mato, porque eres mujer".

Lee libros en francés que encuentran donde aloja, nunca deja de anotar sus observaciones. Lleva en el bolsillo la *Vida de Cleopatra*, junto con cincuenta cápsulas (matrimonios).

El 25 de abril, su clococero relación narra la jornada de guerra y se pregunta: ¿Cómo no me inspira horror la marcha de sangre que vi en el camino? ¿Ni la sangre a medio soca: de una cabeza que ya está enterrada, con la cartera que le puso de descomiso un juete anestro?

Ya lo había anotado en una ocasión: el marcha "a paso de ansia" rumbo a su destino: "A paso de ansia, clavándonos de espaldas, cruzámbos a la medianoche oscura, la murmurio y la arena".

El 4 de mayo, le corresponde asistir al consejo de guerra de Masabó, ladrón y violador, condenado a muerte y con el testimonio a uno de los sucesos más tremendos de una guerra:

"Y mientras ordenan la marcha, en pie queda Masabó, sin que se le caigan los ojos, ni en la caja del cuerpo se vea miedo; los pantalones anchos y ligeros, le vuelan sin cesar, como a un viento rápido. Al fin van, la caballería, el río, la fuerza entera, a un bajo cerro: al sol. Grave momento, el de la fuerza callada, apitada. Sucen los tiros, y otro más, y otro de sonate. Masabó ha muerto valiente. ¿Cómo me pongo, en real? ¿De frente o de espalda? De frente". En la polca era bravo".

Después, el ocho, oero consejo de guerra para juzgar a tres por muerte al vecindario. Son sentenciados a muerte, pero luego dos son perdonados, a instancias del propio Martí. Es horrible el campamento de la sentencia, el ver a un hombre aterrado: "El grito, se resiente en la cuenta, no quiere andar. Lucan marcha otra vez, y las filas siguen, de dos en fondo. Con el río implora Chacón y entre ríos, empujándolo. Deurís, solo, sin se a polizas, suco azul y sombrero pequeño, Gómez. Ozo atrás, pocos, y Moncada, que no ve al río, ya en el lugar de muerte, llamado desolado, sacándose el reloj, que Chacón le arrebató, y tira en a yerba... munda Gómez, con el recato denegado, y empuja el revólver a pocos pasos del río".

La escena prosigue en todo su espanto. Su compromiso con la revolución lo obliga a asumir responsabilidades que no pretendía, a presenciar conflictos ocultos y a escribir una profunda página política:

"Preveo que, por cierto tiempo al menos, se diversará a la fuerza a la revolución de este capítulo, se le privará del caudal y grato, y poder de vender de este consorcio natural, se le robará un detalle: presidente me han llamado, desde mi entrada al campamento, las fuerzas todas, a pesar de mi pública repulsa, y a cada campo que llugo, el respeto renace, y cierto suave entusiasmo del general caído, y maestras del goce de la gente en mi presencia y sencillez. Y al acercarse hoy uno: presidente, y sonreír ya: no me lo digan a Martí presidente: el viene aquí como general: no me lo digan presidente".

Y quien contiene el impulso de la gente, general?", le dice Mico: "oso los nace del corazón a todos". Bueno: pero el no es presidente todavía: es el delegado".

Máximo Gómez, el general en jefe del

Ejército Libertador, según otra página de este Diario, ha expresado a uno de sus hombres: "Pues lo tienen a usted bueno con lo de presidente. Martí no será presidente mientras yo esté vivo", y conseguida, "porque yo no sé qué les pasa a los presidentes, que en cuanto llegan ya se echan a perder, excepto Juárez, y eso un poco, y Washington".

El 16 de mayo, Martí está angustiada, se debate en un conflicto ético que lo obliga a prepararse para inminente división y lo testimonia: "Escribo poco y mal, porque estoy pensando con zozobra y amargura. ¿Hasta qué punto será útil a mi país mi desistimiento? Y debo desistir, en cuanto llego la hora propia, para tener libertad de aconsejar, y poder moral para resistir el peligro que de años atrás prevengo (...)".

El 17 de mayo, el maestro inmortel habrá de escribir su última página. Habla de los heroicos combatientes, algunos de los cuales se han incorporado a las filas con sus hijos. El heroísmo no es privativo de los hombres: "Cumple hoy aquí, flamante Morales, con dieciséis años, de padre muerto en las guerras. Y otros que vienen, me cuentan de Rosa Moreno, la campesina viuda que le mandó a Raúl su hijo único Melisio, de dieciséis años. Allí murió su padre: ya yo no puedo ir: tú ve".

Sin comentarlos algunos, punto segundo, Martí continúa viviendo su aquí y ahora: "A las pilanizas, y rejan las coque (champi) de vaca, con una pinta en el pelo, para los recién venidos. Está muy turbio el agua crecida de Carituanastre, y me trae Valentín un jarro hervido en dulce, con hojas de bigo".

Dos días después, el 19 de mayo de 1895, Martí, conmoviendo las órdenes de sus superiores militares, en Dos Ríos "a paso de ansia" se incorpora al combate junto con su asistente Ángel de la Guzmán, siendo sorprendido por un comando español que lo hiere de tres tiros. Un práctico cubano lo reconoce, lo remata y su cadáver es conducido al poblado de Remanguanaguan.

Martí lleva sobre corazón el acervo de la quinceañera María Manilla, a quien se dirigía macizamente "Mi niña querida", "Maricosa mía", "Mi María", "Mi hija", en la última y extrema carta dirigida no hacia tanto, desde Cabe Hiciano, el 9 de abril de 1895, le solicita:

"Y si no me vuelves a ver (...) por un libro -el libro que te pido- sobre la sepultura. O sobre tu pecho, porque allí están enterrado yo si muero donde no lo separan los hombres. Trabaja. Un beso. Y espérame. Tu Martí".

Podrían haberlo no sabido los hombres, pues fue enterrado en una fosa común sin lápida. Luego, por orden de la comandancia española, su cadáver fue exhumado y exhibido públicamente por horas en el parque del pueblo antes de ser trasladado de noche al cementerio, en Santiago de Cuba.

Un coronel español le pidió el duelo ante una multitud silenciosa de cubanos.

Según el gobierno español en Cuba que sacó la cuenta, los gastos del funeral de José Martí ascendieron a siete pesos.

VIRGINIA VIDAL

1. Gabriela Guzmán Cifuentes de Lecturas, Barcelona 1997.
2. Cartas a María Manilla, Centro de Estudios Marianos, La Habana, 1962.

José Martí "a paso de ansia" [artículo] Virginia Vidal.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vidal, Virginia

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

José Martí "a paso de ansia" [artículo] Virginia Vidal.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile